

riéndose á las obligaciones financieras que se les pedía contrajeran), por las experiencias que tienen todos los días de tales y análogos casos; porque es costumbre de Francia que después que el pueblo ha pagado dos ó tres veces algún tributo, éste queda ya para siempre y de este modo se han cobrado del pueblo pechos y otros subsidios que duran y durarán hasta el fin del mundo.» En otra deliberación todavía fueron más allá, pues afirmaron que el compromiso que se les pedía era un «asunto que afecta y concierne visceralmente, en general y en particular, á todo el Estado del reino, sin cuya generalidad no podrían hacerse dichas ratificaciones.»

En París constituyóse un Consejo en el que entraron los magistrados municipales, varios notables, el obispo y algunos miembros del Parlamento y que envió á Lyon sus delegados á protestar cerca de la reina madre de su fidelidad, pero al mismo tiempo «á suplicarle que en lo sucesivo se dejara guiar por buen consejo y buen número y no por uno, dos ó tres, porque se han visto los inconvenientes que ello ha producido.» La regente tuvo para los delegados muy buenas palabras, les dijo que el rey estaba resuelto á continuar prisionero antes que desmembrar el reino, y luego, apelando á la nota sentimental, les pidió que á su regreso pasaran por Blois para ver á los Hijos de Francia, lo que hicieron los delegados, quienes quedaron «maravillados de sus infantiles y atinadas palabras.»

Los parisienses no se dejaron conmovir tan fácilmente, y cuando llegó el caso de contraer las obligaciones contenidas en el tratado de Moore, el Consejo comenzó por pedir que le mostraran los artículos, viéndose precisados los representantes de la regente á comunicárselos, bien que declarando «no es siempre necesario que sean enseñadas á todos las cosas que hacen los reyes y los príncipes.» La reina madre acabó por dirigirse únicamente á la corporación de la ciudad, pero hasta 24 de enero de 1526 no obtuvo la adhesión de ésta al tratado de Moore.

Carlos V estaba al corriente de lo que pasaba y sabía «que en Francia no hay división alguna entre los príncipes (1) y que la asamblea soberana no estaba de acuerdo con Madama;» pero sabía también que la nación, á pesar de estar descontenta de sus gobernantes, permanecía estrechamente unida con su rey contra el extranjero.

Por esto había adoptado muy pronto su partido y desde fines de marzo estaban definitivamente determinadas sus ideas en pro de la paz, que vienen consignadas en las instrucciones por él dirigidas, el día 28, á Lannoy, á Borbón y á Beaurain.

Insistía el emperador en el hecho de que la ruptura de los tratados no había partido de él, no obstante lo cual consentía en suspender las hostilidades hasta que Francisco I diera respuesta á sus proposiciones; y además insinuaba que podría reivindicar el reino de Francia, dado en otro tiempo á su antepasado Alberto de Austria por Bonifacio VIII (en tiempo de las contiendas de este papa con Felipe el Hermoso), ó por lo me-

(1) «Los príncipes... para no volver á ser gobernados por favoritos, como en el pasado... y á causa de las injurias grandes que algunos han recibido del rey y de Madama... la arrojarían del gobierno á no impedirlo el miedo de que los Estados se rebelen.» Memoria secreta de Le Champion.

nos el condado de Tolosa, antigua dependencia de Aragón, y el Delfinado que un día dependió del imperio. Sin embargo, para demostrar el deseo que tenía de paz, para evitar la efusión de sangre cristiana y para mejor preparar la lucha contra los infieles, prescindía de todas las antiguas querellas y sólo quería «referirse á las más frescas y recientes,» entre las cuales ponía en primer término la «querella» de Borgoña. El rey de Francia había de restituir desde luego el ducado de Borgoña con todas sus dependencias y todas las tierras que poseía al morir Carlos el Temerario, cumplir diversas cláusulas del tratado firmado en Arrás en 1435 (2), y ceder Therouanne, Hesdin y sus dependencias. Seguía luego la «querella» de Italia: Francisco I debía abandonar sus derechos sobre Nápoles, Milán y sus dependencias y prometer á Carlos su concurso para la ejecución de sus planes relativos á la península y para su coronación en Roma. Venía finalmente la «querella» Borbón: el duque recobraría todos sus dominios, bienes muebles é inmuebles, y recibiría la Provenza, quedando sus Estados substraídos á la soberanía real y erigidos en reino que pasaría á sus descendientes. Por último, Francisco I restituiría á Enrique VIII «todo lo que pudiera pertenecerle» y se encargaría de «la indemnización» que debía Carlos en virtud de anteriores convenios. El tratado sería ratificado por el rey, bajo juramento, y por los Parlamentos, Estados y ciudades del reino; y para mejor asegurar la paz, el delfín se casaría con María de Portugal, sobrina de Carlos V. Mediante estas condiciones proclamaba Carlos una paz europea y después la cruzada contra los turcos, en la cual, por su calidad de emperador, se reservaba el título de jefe y capitán general de las fuerzas cristianas. «La respuesta sobre todos estos puntos ha de darse prontamente para advertirnos de ella con toda la diligencia, á fin de que, según ella sea, podamos conocer si se abrazará la paz ó si debemos tomar otras determinaciones para recibir satisfacción, lo cual nos pesaría.»

De manera que Carlos V pedía una considerable desmembración de Francia: la Borgoña para él y la Provenza para Borbón. Pretendía imponer á Francisco I la humillación de recompensar con una corona la traición del condestable; no sólo expulsaba á Francisco de Italia, sino que le obligaba á servirle en ella como de una especie de vasallo, y le invitaba á que bajo sus órdenes combatiera á los infieles. Aunque indudablemente el emperador pedía lo más para tener lo menos, sus proposiciones eran exorbitantes.

Francisco I, á su vez, presentó las siguientes proposiciones: en lo concerniente á cesiones territoriales, consentía en que la cuestión de Borgoña fuese zanjada en justicia, es decir, llevada ante un tribunal arbitral; cedía al emperador Milán, Génova, Nápoles, Hesdin, Tournai y sus pertenencias; renunciaba á toda soberanía sobre la Flandes y el Artois; se obligaba á prestar el concurso de su ejército y de su armada para las empresas que el emperador quisiera acometer en Italia y en Alemania y á acompañar á Carlos en la cruzada; se substituía á éste en cuanto á sus compromisos con Enrique VIII; y restituiría al duque de Borbón su «estado, pensión y empleos,» dándole además en matrimo-

(2) Véase anteriormente, pág. 270.

nio una hija de Francia con la dote acostumbrada. La reconciliación se sellaría con un doble enlace: de Francisco I con la reina Leonor y del Delfín con la hija de ésta.

Sobre estas proposiciones se entablaron durante el año 1525 largos debates en los que desempeñaron los principales papeles Mercurin de Gattinara por el emperador y el presidente de Selve por el rey. Ora se discutiera invocando argumentos históricos ó jurídicos, tomados «de la Sagrada Escritura, de las historias griegas y romanas» y hasta sacando á relucir los reyes egipcios, ó el Digesto y el Código; ora se intentara usar de astucias con Carlos ó apelar á sus buenos sentimientos, nada de esto hacía avanzar un solo paso la cuestión. El Gran Comendador de España decía irónicamente que era preciso «dejar comentar á los disputantes y que ya se sabe que el Gran Canciller y el presidente son gentes de gran literatura.»

Desde principio á fin de año y al través de los circuitos de la diplomacia, el obstáculo para el tratado fué la cuestión de Borgoña, «verdadero patrimonio y tronco de la casa y de las armas del emperador y capital de su orden del Toisón de Oro,» según decían los imperiales; y Francisco I, aun en el caso de que no tuviera intención de cumplir muy fielmente el tratado que firmase, no podía decidirse á aparentar que abandonaba, aunque sólo fuera en el papel, una provincia tan esencialmente francesa, y hacía observar al emperador que con estas condiciones no se obtendría la ratificación del tratado por los Estados y los Parlamentos soberanos. Por otra parte, él y sus consejeros seguían haciéndose ilusiones: Montmorency decía que era preciso considerar «que el rey solicitaba la amistad del emperador» y se dedicaba «á complacerle,» como si olvidara que la guerra es una cosa práctica y que las derrotas se pagan; y el presidente de Selve declaraba cándidamente: «Pero el verdadero camino para llegar á la paz sería que todas las querellas del emperador y del rey, mi señor, se metieran en un saco, que se hiciera una buena alianza por medio de un matrimonio, y que, una vez abolidas todas las querellas no se volviese á hablar de ellas nunca más.» Por esto escribía Lannoy: «Es trabajo perdido discutir con dichos señores porque dicen que el rey y su reino no pueden enajenar nada y que es preciso que el emperador recurra á otro medio.»

En noviembre aun no se había decidido nada y Carlos V hallábase muy perplejo entre Gattinara, su gran canciller, que declaraba que no se podía fiar en los franceses, y Lannoy, que consideraba necesaria y posible la paz. Otros aconsejaban que se tuviera algún tiempo más al rey en cautiverio, añadiendo: «Más valdría esperar los azares de su larga prisión ó de su muerte que ponerle en libertad quedando poderoso y enemigo.»

No deja de ser un tanto extraño que el emperador consintiera en firmar un tratado que indudablemente era ventajoso para él, pero respecto del cual podía verse que no se cumpliría en todas sus cláusulas. En noviembre mismo, todavía declaraba Carlos V que «jamás dejaría partir al rey sin antes tener en su poder la Borgoña;» pero Francisco I iba siendo ya un estorbo y hasta «su prisión» resultaba inútil porque Francia se mostraba en condiciones de defenderse sin su rey. Además

Carlos tenía en contra suya á Italia, al papa y á Inglaterra, que se habían unido á la regente; y, por último, Solimán, desde fines de 1525, anunciaba con gran estrépito y preparaba con gran aparato una invasión en Hungría. Tampoco era muy satisfactoria la situación de



Espada y escudo de Francisco I. (Armería Real de Madrid.)

España: «Asistí al consejo, escribía Granvela á Margarita en 27 de octubre, y debatiéronse largamente los asuntos, y se habló también de la extremada pobreza de los países de allende y de que no era posible que pudieran hacer la guerra...» Asimismo se habló, según parece, de las «murmuraciones de los países comerciantes y de otras emociones, en Flandes y en otras partes, de la secta luterana.» El Palatino y el landgrave de Hesse poníanse de acuerdo para defender la Reforma amenazada, y los príncipes católicos, por otra parte, pedían á Carlos que pensara en los intereses de la reli-

gión. Todas estas razones movieron á Carlos V á concertar la paz.

El tratado de Madrid fué firmado en 14 de enero de 1526.

Por virtud del mismo, Francisco I «restituía» á Carlos V la Borgoña y sus dependencias, que había de entregar en cuanto llegara á su reino; renunciaba á todos sus derechos sobre Nápoles, Milán, Asti y Génova; se obligaba á proporcionar al emperador una flota y un ejército para el viaje de la coronación á Roma y para la cruzada contra los infieles; renunciaba á la soberanía de Flandes y del Artois y cedía Tournai; devolvía á Borbón todos sus bienes y dominios y reintegraba á sus cómplices en su anterior estado; abandonaba á todos sus aliados, al papa, Venecia, á Enrique de Albret, al duque de Güeldres, á los La Marck; se ponía en lugar de Carlos en todas las obligaciones pecuniarias que éste tenía contraídas con Enrique VIII; y finalmente, como prenda de paz y de alianza, se casaba con Leonor, hermana de Carlos V.

El emperador había exigido que Francisco I jurase, por su honor de rey y de caballero y por su fe de cristiano, que cumpliría sus compromisos; pero al mismo tiempo reclamaba rehenes, que habían de ser ó doce grandes señores franceses, ó dos hijos del rey, uno de ellos el Delfín. Por último, el tratado había de ser ratificado, inmediatamente después de haber sido puesto el rey en libertad, por éste, por los Estados generales y por los Estados de Borgoña y por los Parlamentos del reino, bajo pena de volver Francisco I á su cautiverio si en el término de cuatro meses no se habían ejecutado todos los pactos convenidos entre ambos príncipes.

CAPITULO III

EL TRIUNFO DE CARLOS V (1)

I. Liga de Cognac. — II. Guerra en Italia. — III. Tratado de Cambray.

I.— Liga de Cognac

Francisco I no salió de España hasta el 17 de marzo, después de haberse hecho el canje con sus hijos en el mismo Bidasoa, y de una tirada llegó á Bayona en donde le esperaba su madre acompañada de los príncipes, señores ilustres, prelados y damas de la corte. «Proporcionáronle todas las distracciones posibles para quitarle la melancolía y el disgusto, y desde entonces se consagró á establecer el buen orden en todas partes.» El buen orden consistió ante todo en distribuir entre sus amigos los cargos que habían dejado vacantes los muertos en Pavía, lo cual motivó una renovación completa de personal: Montmorency fué nombrado gran maestro de la casa real y gobernador del Langüedoc; Brion, gobernador y lugarteniente general de Borgoña y almirante de Francia; Saint-Pol, gobernador del Delfinado; Luis de Breze, de Normandía; y las compañías de ordenanzas se distribuyeron entre los cortesanos.

Francisco I permaneció largo tiempo en Bayona y luego en Saint-Germain, «sin entrar en París, á pesar de haber pasado muy cerca de la ciudad,» porque esta-

(1) Véase la bibliografía en la pág. 165.

ba muy irritado contra los parisienses á causa de la oposición que habían hecho á la regente (2); y aun mandó prender á algunos de los más comprometidos, entre ellos el penitenciario de Nuestra Señora, un abogado del Parlamento y el preboste de los mercaderes, «todo lo cual pareció cosa extraña de oír.» El día 13 de abril de 1527, fueron encarcelados otros cuatro ciudadanos «porque, estando el rey cautivo en España, ellos y otros muchos opinaron que no convenía que los ciudadanos de París saliesen fiadores cada uno en particular por algunas grandes cantidades, que eran la base del arreglo de la señora regente con el inglés.»

Francisco I estaba absolutamente resuelto á no cumplir el tratado de Madrid. El 13 de enero de 1526, «dos ó tres horas» antes de que los comisionados imperiales le llevaran el documento de la paz, había hecho redactar una protesta (3) contra las cláusulas que iba á firmar, y después de haber exigido de todos los que le rodeaban el juramento de «mantener secreto y no revelar jamás á nadie lo que por el dicho señor se les diría luego,» había declarado «que todo lo convenido en aquel tratado será y continuará siendo nulo y sin ningún efecto,» añadiendo que «para poner de su parte á Dios y á la justicia, estaba dispuesto á hacer lo que un rey prisionero en buena guerra» puede y debe hacer, es decir, pagar un rescate. Justificaba su conducta por los malos tratos que había recibido, por su larga enfermedad, por el hecho de encontrarse en estado de cautiverio en el momento del tratado, y por habersele exigido rehenes al mismo tiempo que un juramento, cosas que se excluían mutuamente; además recordaba que el rey Juan, prisionero de los ingleses, solamente había pagado rescate (4), y finalmente proclamaba que no tenía derecho á enajenar la Borgoña sin el consentimiento de los Estados de la provincia.

De regreso en Francia, comenzó, sin embargo, por contemporizar: «Sentiría muchísimo, decía, que se creyese que quería dar largas á este asunto y usar de disimulo, que de nada podría servirle ni aprovecharle;» pero pedía que se tuviera secreta por algún tiempo todavía la cesión de la Borgoña, á pretexto de que necesitaba preparar la opinión para que aceptara esta cláusula. Lannoy, que se consideraba más responsable que nadie de la firma del tratado y de la libertad del rey, vió muy pronto el sesgo que tomarían las cosas, y ya en 7 de abril escribía al emperador que el rey de Francia «apla- zaba hacer aquello á que está obligado,» y el 16 de mayo, «que no había señales de la entrega de la Borgoña,» añadiendo: «¡Ojalá que no me hubiese jamás mezclado en este asunto!» En junio de 1526, intentó apoderarse del condado de Auxonne, considerado como dependencia de la Borgoña; pero cuando penetró en él con 500 caballos y bastante infantería, encontró á la nobleza alzada en armas y dispuesta á combatir y no tuvo tiempo más que para huir, aun con riesgo de ser hecho prisionero en su retirada.

(2) Los parisienses presenciaban los acontecimientos con indiferencia. «Es de notar que al hacerse pública la paz, no hubo gran alegría ni fuegos, porque no entendían nada de ella.»

(3) Era la segunda.

(4) Lo que era inexacto. Véase el tomo segundo, páginas 461 y 463.

De todas partes recibía el rey excitaciones animándole para que no cumpliera el tratado de Madrid: Enrique VIII y Wolsey le hacían decir que era necesaria una alianza contra aquellos «cuya tiranía y cuyo orgullo no retroceden ante nada;» los italianos y el papa opinaban del mismo modo (1), y varios príncipes alemanes expresaban iguales sentimientos. Y no era porque Francia les inspirase simpatías, sino porque todos, grandes y pequeños, estos últimos sobre todo, comprendían que el triunfo de Carlos había de ser la muerte de su independencia. Así se iniciaba para Francia una misión que en un principio le fué impuesta por las circunstancias, pero de la cual hizo poco después una política consciente y razonada.

Casi inmediatamente después de ser puesto en libertad, afirmaba el rey á los venecianos y á Clemente VII su intención de defender la libertad de Italia, «con tal que los italianos quisieran no faltarle á sí mismos.» Los príncipes de la península habían mostrado gran desconfianza durante el cautiverio del rey, pues no se les ocultaba que la regente, so capa de aliarse con ellos, lo que buscaba era sencillamente obtener la paz molestando al emperador. «Parece, en verdad, que los franceses nos tienen por tontos, decía uno de sus embajadores; piensan quizás que nos entregaremos á ellos bajo la sola garantía de su buena fe, á fin de ayudarles á obtener del emperador condiciones menos onerosas;» y añadía: «Por otra parte, sería pretender lo imposible esperar que los franceses se gobiernen con alguna prudencia.» Estas frases se repiten á menudo cuando los italianos hablan de Francisco I, lo cual no era óbice para que solicitasen sin cesar su alianza, de la que, aun valiéndose tan poco en su concepto, no podían prescindir.

Respecto del rey de Inglaterra, Francisco I empezó por manifestarle su agradecimiento: «A él, después de Dios, doy gracias por mi libertad. Mientras estaba yo preso, realizó un acto que le valdrá eterno renombre y que me obligará para siempre, á mí y á los míos, á prestarle servicio.» En 15 de abril ratificó el tratado de Moore.

En Cognac recibió á los diputados de Borgoña, quienes declararon que la obligación contraída con Carlos V era nula, puesto que el juramento prestado por los reyes en el momento de la coronación les prohibía enajenar una parte del patrimonio real, y proclamaron su firme voluntad de seguir siendo franceses.

En Cognac fué también donde Francisco I, el papa, los venecianos y varios príncipes italianos firmaron en 22 de mayo un tratado de confederación «para poner término á las guerras que asolaban á la cristiandad,» pero en realidad para arreglar los asuntos de Italia y librar á Francisco I de las obligaciones contraídas en Madrid: los italianos se comprometían á sostener en la península un ejército de 30.000 infantes, 2.500 hombres de armas y 3.000 soldados de caballería ligera, y á armar en el Mediterráneo una flota de diez y seis ga-

(1) También les inspiraba grandes temores la realización de la cláusula del casamiento con Leonor. «Era preciso no perdonar medio alguno para disuadir de ello al mismo rey y á los que le rodeaban,» decían cuando todavía se negociaban las cláusulas del tratado de Madrid.

leras; y Francisco I, á su vez, prometía dinero, un ejército y doce galeras. Asti volvía á poder de Francia, Milán continuaba en poder de Sforza y Nápoles sería arrebatado al emperador si éste persistía en mantener bajo su dependencia á la Italia septentrional. Los italianos se obligaban á exigir á Carlos V que pusiera en libertad á los Hijos de Francia mediante rescate, ó á facilitar al rey una ayuda de tropas para obtener dicha libertad con las armas en la mano.

En cuanto al rey de Inglaterra, declarábase en aquel tratado no sólo que podía entrar en la Liga, como «conservador de la muy santa alianza,» sino, además, que dicha Liga se había formado bajo la promesa de que sería él su protector y hasta su principal contratante.

De manera que la política imperial topaba con obstáculos de toda clase, con la resistencia de Europa tanto como con la de Francisco I. Después del tratado de Madrid, esperaba Carlos poder realizar dos de los proyectos en que más empeño tenía, á saber: hacerse coronar en Italia y restablecer en Alemania el orden político y religioso, después de los cuales acometería la guerra contra los otomanos. Pero muy pronto se vió imposibilitado de emprender nada de esto (2): en efecto, andaba escasísimo de dinero, el papa se negaba á la coronación y el sultán comenzaba una guerra que se anunciaba como terrible é invadía la Hungría, verdadero baluarte de Alemania. Carlos, lejos de destruir la herejía, hubo de hacer grandes concesiones á los luteranos, sin obtener de ellos ni siquiera una promesa de ayuda contra Solimán. Cuando el joven rey Luis, al frente de las tropas húngaras, fué vencido y muerto en Mohacz (agosto de 1526), este espantoso desastre no hizo más que suscitar competidores á los tronos de Hungría y de Bohemia abriendo las puertas á las ambiciones de la casa de Austria, y la cristiandad, como tal cristiandad, presenció aquello casi con indiferencia.

II.— Guerra en Italia

A pesar de la poca diligencia de Enrique VIII en prestar su adhesión, los italianos rompieron casi inmediatamente las hostilidades porque, además de un ardiente deseo de libertad, sentían un vivo deseo de venganza contra los soldados imperiales, odiados hasta el punto de que en plena paz algunos aldeanos del Piamonte atacaron y asesinaron á toda una compañía de jinetes. Clemente VII ardía en entusiasmo: «Es imposible ver hombre más contento y convencido que el papa, quien se ha quitado por completo la careta, lo que ha sorprendido á mucha gente.» Pero los confederados de la península llevaron sus operaciones militares con demasiada lentitud: después de haberse apoderado de Lodi, en 24 de junio de 1526, marcharon demasiado tardíamente sobre Milán; y como Borbón había tenido tiempo de llevar refuerzos á esa ciudad, no se atrevieron á atacarla.

Además, Enrique VIII y Francisco I no hacían nada. «¿Qué queréis que haga, escribía Clemente VII á Montmorency, no teniendo medio de hallar dinero á costa

(2) A sus preocupaciones se juntaban los primeros síntomas de las dolencias que tan crueles sufrimientos habían ocasionado más adelante. Los que le rodeaban veían que cambiaba, que estaba triste, meditabundo y absorto en sus pensamientos.